

Un hombre del Renacimiento

Ladrillo

De ojos grises, bien vestido, amable, y me pide que le hable de mí.

¿Qué le puedo contar? No bebo, no fumo. Tengo carné de conducir de la categoría B.

Un asistente personal, me dice, es necesario que sea espabilado.

—Permítame que le plantee un problemilla.

El jefe manda. Aunque, ¿acaso soy un niño, para ir resolviendo problemitas?

—Un ladrillo pesa dos kilos más medio ladrillo. ¿Cuánto pesa el ladrillo? ¿Entiende la pregunta?

¿Qué hay que entender?

—Cuatro kilos.

Por lo visto, nadie hasta ahora había sabido responder. Pero es que mi segunda especialidad es la de constructor.

—¿Y la primera?

La primera es la de pensionista. En nuestra profesión nos jubilamos pronto.

Víktor parece tener un cargo inferior que el otro jefe (aún no lo tengo claro).

—¿La pensión es pequeña?

Es mayor que la de muchos, pero no me llega. El jefe principal lo pone en su sitio:

—Anatoli Mijáilovich, usted no ha de dar explicaciones sobre para qué necesita el dinero.

Lo cierto es que me llamo Anatoli Maxímovich, pero gracias de todos modos. En resumen: él es el único que me llama por mi nombre y patronímico; Víktor y el resto me llaman Ladrillo. Bueno, a aguantar. Lo principal es que me han dado el trabajo.

Esto está alto. Es tranquilo. La oficina ocupa todo el piso decimosexto, y en el decimoséptimo vive el jefe. No hay nadie por encima de él. Tiene despacho, dormitorio, comedor, salón y la sala de gimnasia, el *gym*.

—Nadie entiende de dinero más que el jefe —le he oído decir a Víktor—. A mí, de momento, me queda mucho por aprender de él.

Víktor es un tipo de baja estatura, aseado y todo músculo. Yo también era así de joven. Viene prácticamente cada día, pero no se queda. Trabaja a ras de suelo, como dicen; abona el terreno. Resuelve problemas. Qué problemas, no lo sé. Los míos son que haya café en la cafetera, que las bombillas se enciendan y que quede constancia por escrito de quién entra y sale, y cuándo. El jefe valora el orden: nada fuera de lugar, nada de papeles, nada de suciedad ni de olores. En los sitios, el orden, y en la gente, la honradez.

—Nuestra oficina —dice Víktor— es una gran familia. Quien no lo entienda será despedido. Ya lo ves, hermano Ladrillo.

No me tienen que repetir las cosas dos veces.

¿Desde cuándo estoy aquí? Desde el mes de agosto. Hay un gran salón, salas de reuniones a los lados, una pequeña cocina y la escalera al piso decimoséptimo. Por el silencio que hay, esto parece un sepulcro. La crisis financiera mundial.

Por lo general me paso el día sentado, esperando. Lo que es esperar sí sabemos. Ver, escuchar y esperar.

Los ricos, como se dice, tienen sus manías. Por ejemplo, el jefe toca el piano. No tiene nada de malo, en América incluso aprenden a los setenta años, lo que pasa es que aquí no estamos acostumbrados. Trajeron un piano grande, tanto que tuvieron que mover las paredes. Si hay que hacerlo, se hace. Como digo, los ricos tienen sus manías.

Vienen mucho Yevgueni Lvóvich, buena persona, y Rafael, un armenio que le da clases de piano. Víktor los llama «intelis», o sea «intelectuales». Solo que, mientras que a Yevgueni Lvóvich se le nota que, en efecto, es una persona culta, en cambio a Rafael, lo siento, pero no. Salió por ejemplo el primer día del lavabo, sacudiendo sus manitas rosadas, y le dijo a Yevgueni Lvóvich (a mí ni me miró, como si no existiera):

—¿Ha estado en el váter? Impresiona de verdad. —¿A qué persona culta se le ocurre hablar de esas cosas? Y menos, con el primero que te encuentras—. Y usted, permítame preguntarle, ¿qué hacen usted y el patrón?

—Soy historiador... Me dedico a la historia. —Yevgueni Lvóvich mira a su alrededor, como si hubiera hecho algo malo. No tiene un aspecto demasiado salu-

dable; lleva las gafas sujetas con un esparadrapo. Y en cada ocasión se para a pensar y dice: «Todo esto es muy triste».

Y les ha dado por llamar al amo «patrón». Patrón para arriba, patrón para abajo.

—Yevgueni Lvóvich, ¿cuánto hace que conoce al patrón?

¿Qué haces incordiando al hombre? Si acabas de conocerlo. Tu clase ha acabado. En marcha, venga.

—Lo conocí a finales de octubre. En la plaza Lubyanka. ¿Sabe dónde está la roca de Solovki?

—Claro —dice Rafael—. ¿Y qué hacía él allí?

Oh, qué curiosos somos, en todas partes queremos meter las narices. No me gusta Rafael. Aunque yo trato a todo el mundo igual. En nuestro gremio hay gente de todas partes.

—Pasaba por allí y me acerqué... —responde Yevgueni Lvóvich.

Y luego el patrón lo llevó a su casa, a Bútovo. Oh, pensé, Bútovo. O sea que somos vecinos.

—Nunca antes había viajado con tantas comodidades. ¿Y de qué te quejas?, pienso. Siempre hay una primera vez.

—Estuvimos hablando, imagínese —dice—, de patriotismo.

Rafael en seguida pone cara de aburrimiento.

—Pero la conversación resultó de primera, hasta aclaré algunas dudas. ¿Sabe? Cuando uno tiene trato solo con gente de su ambiente... Bueno, hay muchas cosas que se dan por sentadas...

Pero ¿por qué te excusas ante él?, pienso.

Yevgueni Lvóvich empieza a hablarle sobre una mujer:

—Imagínese, al marido lo han fusilado. Las dos hijas han muerto. En la cárcel da a luz un niño muerto. Y, no obstante, sigue haciendo gala de un patriotismo férreo, indómito. ¿Cómo se explica, en su opinión?

Rafael se encoge de hombros:

—El miedo. No sé. Una locura colectiva.

—Nuestro patrón, como usted lo llama, también se expresó en este mismo sentido. Pues yo no lo creo, no creo que sea miedo. ¿Se acuerda usted del Libro de Job?

Rafael asiente con la cabeza. ¡Cómo no recordarlo! Para estos intelectuales lo suyo es siempre importante.

—Ante Job se plantea el dilema de «sí» o «no». No sabe si decirle al mundo, a la creación, «sí» o, como le recomienda su mujer...

—«Maldice a Dios, y muere.»

—Eso mismo. Justamente. Y la Unión Soviética, para aquellos que vivían en ella, era, en su imaginación, el mundo entero. De modo que...

—Fuerza usted las cosas, Yevgueni Lvóvich. Muchos aún se acordaban de Europa.

—Alguno se acordaría. Como uno recuerda la infancia, aunque sabe que ha quedado atrás. Y ha quedado, ya ve, lo que ha quedado. La Unión Soviética era la realidad, lo era todo. Ahora tenemos el extranjero. Pero entonces era o «sí» o «no». «Maldice y muere.»

Rafael inclina a un lado la cabeza.

—No está mal lo que dice. Se podría escribir un ensayo.

La expresión de Yevgueni Lvóvich ya no es de culpabilidad.

—¡Qué mente más practica la suya, Rafael!

—Ojalá... Diez años con las cajas sin abrir. —Rafael

recorre con la mirada la oficina—. ¿Y qué historia le enseña al patrón? ¿La soviética? ¿La del PCUS? Esa tuvo que estudiarla en la facultad. Porque, ¿cuántos años tendrá? ¿Unos cuarenta?

—No —sonríe Lvóvich. ¡Míralo, ha sonreído!—. He tenido que empezar desde mucho atrás. Estamos estudiando, digámoslo así, la historia sagrada. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra...»

¿Por qué habrá bajado la voz?

—Yaaa... —Rafael menea la cabeza de izquierda a derecha y en los ojos se le instala cierta chispa de ironía—. Es magnífico, ¿verdad? Una oportunidad. ¡Porque es nuestro alumno! Si lo piensa, con usted estudia historia, «de Rómulo a nuestros días»,* y conmigo música. Y además hace deporte, que seguro que no tiene nada de trivial, y trabaja en finanzas... Un campo del que nosotros no entendemos ni papa, hablo por mí al menos, pero que, en cambio, digámoslo claramente, necesitamos. —No hay manera de saber si Rafael habla en serio o no—. Y donde hay finanzas hay matemáticas. Hoy me ha estado intentando explicar algo sobre las gamas cromáticas, por la raíz de no sé qué grado... ¡Qué amplitud de miras, qué altura! ¡En una palabra: un hombre del Renacimiento!

Lvóvich farfulla algo como: ya, digamos que en cierto sentido...

—¿Sabe —dice de pronto— qué es lo que dijo después de aquel primer encuentro que tuvimos, al despedirse? «Nuestra conversación me ha producido una impresión favorable.» Ya ve.

* Cita de la novela en verso de Pushkin *Yevgueni Onegin*.

De nuevo Rafael rompe a reír y luego su mirada refleja sorpresa:

—Permítame preguntarle, Yevgueni Lvóvich: ¿no me estará diciendo que el patrón no ha leído nunca el Antiguo Testamento?

—Ni el Antiguo, ni, le diré, el...

—¡Un momento, oiga, pero si ahora todos ellos sin excepción van a la iglesia! ¡Y allá, no sé, los confiesan, comulgan!

Lvóvich parece haberse desinflado. Ha hablado más de la cuenta. Lo entiendo. Pero no ha sido culpa de él, sino de este Rafael que todo el rato...

—No sé, no sé... Sí, comulgan... —Se quita las gafas, las limpia—. Como si fueran niños. —Y añade en voz muy baja, pero yo lo oigo—: No sé usted, pero yo aprecio mucho mi trabajo aquí. En todos los sentidos. —Suspira y concluye a continuación—: Todo esto es muy triste.

Y en este instante suena el teléfono. Rafael se levanta de un salto.

—Su turno. Me alegro de haberlo conocido. ¿Usted también viene los lunes y los jueves? Quizá podamos seguir hablando un día en mi casa. Bueno, pero solo —y guiña el ojo este sinvergüenza del demonio— si nuestra conversación le ha producido una impresión favorable. Vivimos aquí cerca, en la avenida Kutúzovski. Aunque es verdad que a mi mujer se le ha ocurrido hacer obras en casa...

Mira por dónde, así que vive en la Kutúzovski. A nadie le amarga la buena vida. Ahora está claro por qué das clases particulares. O puede que mientas y no haya ningún piso en la Kutúzovski.

Rafael viene siempre antes y luego, después de comer, aparece Lvóvich. No paramos para comer, es una forma de hablar. En otras palabras: hacia las tres.

En cuanto a la Kutúzovski, Rafael no ha mentado. Lo he mirado en la base de datos. Hay empadronadas siete personas en esa dirección: su hermana, la hermana de su mujer y sus hijos... En cambio, Yevgueni Lvóvich no tiene ni mujer ni hijos. Están él y su madre. La madre nació en 1924 y él en 1957.

Hoy parece que le toca a Rafael presentarse.

—Pues a mí, imagínese, fue él quien me encontró —y enrojece de satisfacción; tiene canas, pero aún se sonroja como un niño—. Es una historia fantástica, se la cuento a todo el mundo. Al patrón le gusta examinar los alrededores con unos prismáticos. Lo hace en los ratos libres que le deja la construcción del capitalismo. Y he aquí que el hombre ve, y a veces oye, que un día tras otro, año tras año, unos individuos, jóvenes y no tanto, se dedican a tocar unos instrumentos de la mañana a la noche. Niñas y niños acarrear unas fundas que abultan más que ellos mismos. Luego nuestro patrón se entera de cuánto gana un profesor de conservatorio, cuánto se les paga por los conciertos en una filarmónica y lo que ponen de su bolsillo los músicos para realizar una grabación. Y descubre que toda esta actividad apenas tiene un componente financiero, ¿me entiende? Tratándose de una persona de viva inteligencia, acostumbrada a operar con categorías económicas, al patrón se le despierta el interés. Y es entonces cuando me propone... La cosa es que en esta primavera ha visto la luz —se sonroja de nuevo— la Nueva Enciclopedia de la Música, escrita por un servidor...

Para resumir: el patrón se fue a la tienda donde venden libros para que le dieran el nombre de alguien que entendiera de música. Y le indicaron el nombre de este tipo, de Rafael.

—No fue complicado localizarme. Doy clases de historia de la música y... —Se puso rojo como un tomate—. De vez en cuando paso por allí a ver cómo se está vendiendo la enciclopedia.

—Sorprendente —comenta Yevgueni Lvóvich—. ¿Y usted también va de Rómulo a nuestros días?

—De momento estamos con tonadas infantiles como «Corre, corre la liebre...» o «Antón, gorrión, deja en paz al pichón». Y escuchamos mucha música. Hoy por ejemplo, a los clásicos vieneses...

El historiador asiente con la cabeza.

—Ya: Mozart, Haydn y Beethoven. MGB.* La sociedad de los clásicos vieneses. Así es como llamábamos de jóvenes a esta organización.

Incluso cuando sonrío, Yevgueni Lvóvich lo hace solo con la boca. Su mirada sigue siendo triste. En cambio, Rafael ríe a carcajadas, agitando sus rizos. Un circo. Luego de pronto dirige la vista hacia mí. ¿Por qué me mira así? ¿Está mal de la chaveta? A ver qué se le habrá ocurrido. Por fin inclina la cabeza hacia Yevgueni Lvóvich:

—¿Sabe usted que estamos participando en un experimento grandioso? No sé usted, pero yo no lo hago por el ya sabe... Lo que me interesa es ver qué sale de todo esto. Imagínese: nuestro patrón quiere suprimir la clave de fa. ¡La clave de do es que ya ni me atrevo a mencio-

* En ruso, la letra inicial del apellido Haydn es una G. Las tres iniciales juntas, MGB, forman una de las muchas abreviaturas del Ministerio del Interior y de Seguridad del Estado soviético.

narla! Y, no obstante, en personas como él —levanta un dedo — están puestas todas las esperanzas. En cambio usted y yo, Yevgueni Lvóvich, somos figuras del pasado, ¿no está de acuerdo? ¿El patrón no le ha preguntado por el ladrillo? ¿No? Pues lo hará. Bueno, hora de irse.

Empiezo a estar acostumbrado a Rafael. Lo único en lo que no coincido con él es en eso de que el dinero no hace falta. ¿Cómo puede no hacer falta el dinero?

Rafael se va.

—Un ladrillo pesa cuatro kilos —le digo a Yevgueni Lvóvich.

—¿De qué me habla? —pregunta.

Pronto sabrá, me digo, de qué le hablo, Yevgueni Lvóvich.

—¿Le apetece un café? —pregunto.

Me mira con unos ojos tan lastimeros.

—Sí —dice—, gracias. No le diré que no.

Muy bien. Ahora puedo preguntarle.

—Aquí una vecina —le digo— me ha dejado un libro. Los diarios de Nicolás II.

Parece a punto de echarse a llorar.

—No le recomiendo que lo lea —me dice—. Le dará solo disgustos. He paseado en bicicleta, he matado dos cornejas, he matado un gato, misa, rosario, he entregado medallas a los oficiales, he almorzado, he paseado. Comida, *maman*. Luego he matado otras dos cornejas...

—Las cornejas son aves carroñeras —digo—. No hay que tenerles lástima.

—Da igual —me responde—. No es digno de un noble, ni siquiera de una persona normal, ir disparando contra las cornejas. Sobre todo en un momento histórico como aquel.

Bueno. En cualquier caso, Yevgueni Lvóvich, allá arriba no toque el tema de las cornejas. Me mira largamente. ¿Qué es lo que le pasa? No puede ser que una persona normal se disguste por unas cornejas. Se ve que nuestro Rafael lo tiene frito.

—No sufra por eso —le digo—. ¿No ve que no es ruso? No es más que —vaya con la palabrita— un emigrante.

Yevgueni Lvóvich se acerca a la ventana y deposita la taza sobre el alféizar. Eso, en principio, no está bien: dejará una mancha. Pero no pasa nada, ya lo limpiaré luego.

—¿Qué tiene que ver que sea o no emigrante? —replika—. Todos somos emigrantes, a decir verdad. Usted y yo, y hasta nuestro patrón. Todos los que tienen treinta años o más. Este es otro país y otra gente. Otra lengua incluso. En cambio, ese amigo suyo que es más joven... ¿Cómo se llama? Víktor, sí. Él sí es de este lugar, de este tiempo. Lo he visto en procesiones o, más exactamente, volando en helicóptero sobre el Anillo de Oro* con los gobernadores, los obispos, los pendones y todo lo demás... He visto las fotos en el periódico. En cambio, nosotros... Lo que hay que hacer es marcharse de la ciudad, lejos, al interior. Allí, al menos, no se nota tanto que somos unos extraños.

No he entendido nada. Noto que he dicho algo fuera de lugar. Yo no tenía mala intención. ¿Qué le ha dado? A veces no puedes precisar lo que pasa. Puede que se le esté muriendo la madre. Porque yo, cuando se murió la mía, no tenía ganas de nada.

* Nombre turístico que se da una serie de ciudades monumentales que rodean Moscú.

Así es nuestra vida. Ya me he acostumbrado incluso a Rafael, y con Yevgueni Lvóvich a veces pegamos la hebra. El patrón habrá hecho con ellos unas diez clases. Y la última vez, o, mejor dicho, la penúltima, tuvimos, por desgracia, una charla no muy agradable.

Todo empezó se diría que como siempre. Baja Rafael de estar con el patrón y se despereza, como si fuera un gato. Está como en su casa. Y sonrío a Yevgueni Lvóvich:

—¡Oh, menudo piano tiene! Aunque, entre nosotros, es como darle margaritas a los cerdos. No hay manera de que le salga nada.

Pues enséñale mejor, me digo.

—Son unas clases —dice—, no sé, improductivas. Ignoro cómo le irá con usted, Zhenia —mira, se llaman por el diminutivo, ya no usan el patronímico—, pero conmigo... Si no fuera por, ya me entiende, lo dejaría...

—No se acalore —responde Yevgueni Lvóvich—. No es fácil aprender a tocar el piano. Yo nunca he sabido, y eso que mi mamá daba clases en el conservatorio. Que por cierto, me ha pedido que le dé las gracias por la enciclopedia. Y yo no tenía cuarenta años cuando ella intentó enseñarme...

—Claro, la edad también cuenta... —comenta Rafael—. Pero aquí no se trata de eso. Hoy, por ejemplo, hemos escuchado a... —y cita no sé qué apellido larguísimo—. ¿Y sabe usted lo que me ha dicho de la obra? «¡Esto no puede gustarle a nadie!»

—Ya: «En vez de música, caos»* —asiente Yevgueni

* Expresión que apareció en un artículo de *Pravda* de 1936 en el que se criticaba la ópera *Lady Macbeth de Mtsensk* de Shostakóvich

Lvóvich—. Yo, si le he de ser honesto, no he logrado entrar en la obra de esta mujer.

—Sí, caos, caos —repite Rafael. Pero ¿por qué está tan contento?

Siguen hablando un rato de todo tipo de música, y luego Rafael va y declara:

—¿Sabe a qué conclusión he llegado? El patrón es una persona cien por cien cabal, ¿no? Pero el supremo placer estético al que él puede aspirar es, por desgracia, el orden.

Sí, nosotros apoyamos el orden. ¿Qué tiene eso de malo? Pero este no hay modo de que se calme:

—Que todo esté liso, limpio, pulido, que sea de una blancura inimaginable, como un lavabo. Mis mujeres deben de soñar con algo así. —Mira el reloj—. Otra vez se ha hecho tarde. Por cierto, hablando de orden: me parece una indecencia hacerle esperar de esta manera.

—No tengo prisa, Rafael.

Se está pasando de la raya el armenio este, me digo. Vete ya. A ti te han recibido a tu hora, ¿no? Ya está bien: se merece una lección. Es una lástima que con los años me haya ablandado.

—Oiga, joven —le digo.

—¡Yo no soy ningún «joven»! ¡Soy un profesor del Conservatorio de Moscú!

¡Míralo, qué enfadados estamos! Hasta se le salen los ojos de las órbitas. Es la primera vez que se fija en mí.

y que se ha convertido en una frase hecha que se emplea cuando el poder ataca a los músicos.

Yo soy para él algo así como un mueble. No se preocupe, profesor, torres más altas han caído.

—Yevgueni Lvóvich, será recibido tan pronto como acabe la videoconferencia —anuncio con educación, y luego añadido para darle más peso a mis palabras— con el presidente del Mosturbank.

¿Lo he pronunciado mal? Hasta Yevgueni Lvóvich mira hacia otro lado. Y Rafael ha estallado en carcajadas:

—¡Masturbank! —Se golpea con las manecitas las rodillas—. Zhenia, ¿ha oído usted? ¡Masturbank!

Lvóvich se dirige a mí:

—No —me dice—, no puede ser. Debe de ser una broma.

¡Cómo iba a saberlo yo, maldita sea! ¡Que os den a los dos! Aunque, la verdad, algo raro está pasando. Las tres y media. Les preparo un café. Rafael también se ha acostumbrado a tomarlo. Parece que hemos hecho las paces. ¡Cualquiera lo entiende! ¿No decías que llegabas tarde? Se ha sentado en el alféizar y balancea los pies, el gran profesor.

—Miren —dice de pronto—, ¿qué es eso? Hace un segundo de aquel tejado se ha caído una corneja. Y ahora otra. ¿Lo ven? Esa ha levantado el vuelo de nuevo y ¡zas! otra vez al suelo.

Yevgueni Lvóvich no mira a la ventana, sino a mí.

—¡Miren, miren! —grita Rafael como un chiquillo—. Allí va, cojeando, va dando saltitos hacia el borde, la muy tonta, y también ¡zas! ¿Qué es esto? No parece que haga tanto frío. ¿Podría ser una infección? Existe, al parecer, algo llamado infección aviar. La gripe aviar, ¿no?

Intenta abrir la ventana con manos patosas. Va, deja en paz la ventana.

Llaman desde arriba. Por hoy se suspenden las clases. Yevgueni Lvóvich, el tiempo perdido le será compensado íntegramente. No, no quiere hablar con usted.

El diablo sabe qué pasa. Parece que hasta el maldito armenio, que no sabe hacer más que mirarse el ombligo, ha empezado a sospechar algo:

—De todos modos —dice—, es una personalidad brillante.

—Sí —responde Yevgueni Lvóvich—, un hombre del Renacimiento. —Se queda un rato callado y luego añade su frase preferida—: Todo esto es muy triste.

Lora

Las mujeres surgían en su vida como blancos en un campo de tiro y enseguida ocupaban toda su atención. Por poco tiempo, pero por entero. Tras lograr el éxito —ya se entiende cuál—, durante cierto tiempo prolongaba la relación, pero luego la rompía. Así funcionaban las cosas. Había leído en un libro americano que el amor era un *power game*, un juego de quién puede con quién. Sabe inglés lo suficiente como para leer libros de psicología: cómo alcanzar el éxito, cómo influir sobre los demás. Al principio, esos libros le fueron muy útiles. Ahora los han traducido al ruso. Cuando se convertían en un recuerdo, sus amigas le resultaban más simpáticas de lo que eran en realidad; retenía lo más valioso de ellas: las curvas, las superficies, las líneas, y, claro está, la superación de las primeras resistencias, del miedo

mutuo. Eso es lo que recordaba; sin embargo el desorden que habían traído consigo las mujeres desaparecía.

En cambio, con Lora no pasó lo mismo que con las otras y, en lugar de reconocer que esa partida la había perdido y seguir adelante —o bien, por el contrario, llegar a la conclusión de que el modelo de «quién puede con quién» no es universal y en el caso de Lora había fallado—, volver a ganar dinero, dedicarse al desarrollo personal y conocer a nuevas mujeres; en lugar de todo eso, allí estaba, sentado junto a la ventana abierta, disparando a las cornejas.

No hace frío, aunque estamos ya en diciembre, el termómetro marca cinco grados positivos. Armado con su fusil de mira telescópica, sentado sobre el alféizar, abate una tras otras las sucias aves negras que se posan en el tejado vecino. Disparar contra las cornejas no resulta tan fácil como parece: no solo hay que dar en el blanco, sino que hay que hacerlo sin armar mucho escándalo, y sin hacerle daño a nadie. Está muy arriba, en un pedazo de calle tranquila que conduce a la Bolshaya Nikítskaya; a lo lejos se ve la acera del conservatorio y un extremo del monumento a Chaikovski. Tiene un buen fusil, silencioso. Los disparos no hacen que se sienta bien, pero sí algo mejor.

Hace cuarenta minutos que se ha ido Rafael. De nuevo han pasado más tiempo escuchando música que tocando; en las últimas dos semanas él no ha tenido ni tiempo ni ganas de practicar. Primero Rafael ha tocado, mientras tarareaba y se balanceaba, una vieja pieza bastante hermosa, pero sin mayor interés. Luego ha sido él mismo el que le ha pedido que le hablara de autores contemporáneos. Han escuchado varias piezas y a él le ha asaltado el

convencimiento de que sencillamente le estaban tomando el pelo. Dos meses y medio, que es el tiempo que lleva recibiendo lecciones de música, no es mucho, claro, pero ya ha aprendido algunas cosas: ha escuchado a los clásicos vieneses y a Shostakóvich, y se ha enterado, por ejemplo, de que hubo dos Strauss y de que es de mal gusto que te guste Johann Strauss, mientras que, en cambio, Chaikovski puede gustarte más o menos, es cosa de cada uno. También ha descubierto que a Rafael le gustan los chismorreos, que Poulenc era homosexual y que Shostakóvich no era judío, que el compás de tres cuartos es un tiempo de tres, y, en cambio, el de seis octavos es, en contra de toda evidencia, de dos. Pero que la pieza que han escuchado hoy (¿cuál era el apellido de la mujer?) sea algo que guste, que pueda producir placer (porque, ¿para qué, si no, existe el arte?)... no, eso no puede ser.

Las cosas tampoco andan mejor con la historia sagrada, con el estudio del libro más popular del mundo, ese concentrado de sabiduría humana. Es una inmensidad de violencia gratuita. A su lado, lo que él hace con las cornejas no es nada. El hermano mata al hermano, a un padre se le ordena que acuchille a su hijo — sin más explicaciones— y se exterminan pueblos enteros que no han hecho nada malo. ¿Y por qué a Seúl —Yevgueni Lvóvich siempre lo corrige cuando lo dice así—, es decir, a Saúl, se le castiga? ¿Por tratar de forma humana a los prisioneros? En cualquier caso, la humanidad ha avanzado mucho desde la Antigüedad. «Y en juicio y en multitud de justicia no afligirá», se dice en el libro de Job. Perdón, pero ¿y el diluvio? No, él es una persona educada, él no se pondrá a decirles nada a los creyentes; él, de hecho, se propone estudiar todo hasta el final y con

la mayor atención, aunque la verdad es que no es fácil leer ese enorme libro, sobrecargado de detalles y en el que no hay ni una gota de humor. De eso se quejó la vez pasada, y Yevgueni Lvóvich le prometió que hoy hablarían del tema, pero, por lo que se ve, no ha podido ser y, además, ese hombre triste y bueno —y que está claro que bebe mucho— ¿qué sabrá de humor? Y, en cualquier caso, hoy no es un día para risas. Porque hoy ha llamado Lora.

Y las cornejas, para acabar de una vez con el tema, son malvadas, sucias, carroñeras y propagan infecciones. Atacan a los niños, les picotean en la cabeza. Junto al conservatorio vive una corneja que fuma. Les arranca de la boca los cigarrillos encendidos a los fumadores y fuma. Y no es un bulo, él mismo lo vio el día en que conoció a Lora. De hecho, fue la corneja quien les unió.

Recuerda que era una cálida tarde de sábado. Él salía de un café y vio a un grupo de muchachos que reían junto al monumento: miraban a una corneja que llevaba en el pico un cigarrillo. Él se dirigió a lo que luego supo que era la Sala Rajmáninov, para seguir a la corneja, pero distrajo su atención una muchacha delgada de piernas y cabello largos. Era morena. Las morenas son su tipo.

—Oiga, joven, ¿quiere escuchar música? —le preguntó la muchacha, que se hallaba junto a las puertas de vidrio, con las piernas cruzadas y fumando.

Solo si es con usted. Únicamente en ese caso. ¿Qué es lo que... tocan? ¿Interpretan? ¿Cómo es más correcto decirlo? Porque no le iba a confesar que nunca antes había estado en el conservatorio. La muchacha señaló con la cabeza el cartel. En grandes letras ponía: FRANCIS POULENC, «LA VOZ HUMANA», y en letras aún más gran-

des: LORA SHER, soprano. Y bien, ¿querría venir con él? La muchacha lo examinaba con atrevimiento.

—Naturalmente. —Arrojó la colilla y se levantó.

La chaqueta había que dejarla en el guardarropa. La muchacha se alejó subiendo por la escalera de mármol, dándole la oportunidad de examinarla por detrás. No estaba mal. Al cabo de un minuto ya se encontraba en la sala. ¿Dónde estaba su amiga? No se la veía, pese a que había poca gente y se sentaban espaciados. En el escenario apareció una mujer joven y de aspecto agradable con un vestido rojo. Era pelirroja, con la piel muy blanca. Era Lora.

Un vestido rojo, un auricular de teléfono negro con un cordón largo. *Allô, allô, madame...* «Una tragedia lírica —leerá en la enciclopedia de Rafael—, obra de elevado humanismo y fuerza dramática.» La obra está escrita para soprano y orquesta, pero allí se interpretaba acompañada de piano. «¡Oh, Dios mío, haz que vuelva a llamar!» Además del canto se introducían elementos dramáticos: Lora se desplazaba con bastante habilidad por el escenario e interactuaba con una silla, un soporte para la partitura, un atril. Se enrollaba el cable alrededor del cuello. *Allô, querido, ¿eres tú?...* Gracias por llamar de nuevo, qué bueno eres.» La silla era negra; el atril, rojo, y la blancura de Lora contrastaba con su cabello pelirrojo. Estaba impresionado. Mucho.

«¡Perdóname esta debilidad!» Lora se dirigía ya al pianista, ya al auricular, pero sobre todo a la sala. Le contaba a su interlocutor que se había envenenado. «¿Y qué? ¡Ya sé que soy ridícula!» Le imploró que no pasara

la noche en el mismo hotel en el que ellos se alojaban cuando viajaban a Marsella.

«¡Te amo, te amo, te amo!» El último «te amo» Lora casi lo susurró mirándolo directamente a él. ¿O se lo había parecido?

Se dirigió rápidamente a casa, agarró el primer jarrón que encontró y lo llevó, junto con el trapito sobre el que descansaba, a la floristería de la esquina:

—¡Blancas y rojas! ¡Que no sean pares!*

¿Dónde podía encontrar a la intérprete? En el camerino, siguiendo por allí hasta el fondo y luego arriba. No sabía qué se acostumbraba a hacer en este gremio, el de los artistas y los músicos, pero probablemente funcionaba igual que en cualquier otro: si quieres algo, ve y tómallo. Antes que otro se lo lleve.

Pareció que con las flores se había pasado. Lora, ya vestida de calle —suéter y tejanos—, estaba más asombrada que contenta.

—*Merci* —cuando Lora hablaba, cuando no cantaba, tenía un tono de voz bajo, algo ronco. Y una boca demasiado pequeña, en su opinión, para una cantante.

—¿Qué te parece, Lora? —exclamó desde un rincón del camerino la morenita fumadora—. ¡Vaya ricachón te he traído!

En su ambiente no está bien visto reírse de la riqueza, pero estaba claro que aquel era otro gremio.

—¿Está cansada? —le dijo, compasivo, a Lora. Vista de cerca, en su cara, a pesar de su juventud, ya era per-

* En Rusia los ramos con número par de flores se llevan a los entierros. A las personas vivas se les regala ramos de flores de número impar.

ceptible el paso de los años. Las pequeñas arrugas alrededor de los ojos, las marcas. La verdadera edad se determina justamente por estos pequeños detalles. ¿Cuántos años tendría? Unos veintiocho, quizá treinta.

La morenita examinó el jarrón y gritó, como si él no estuviera allí:

—¡Lora, esto es de «Guermés»!

—Solo el trapito. La casa Hermès se dedica sobre todo al textil, no hacen jarrones —le aclaró él—. Por cierto, la forma correcta de pronunciarlo es «egmés»; es un nombre francés.

—¡Vaya, qué pozo de sabiduría! —simuló sorprenderse la morenita. ¿Y su empresa cómo se llama? ¿A qué se dedica? Quiere saber si Lora está en buenas manos.

¡Qué rápidas que van estas! Su empresa se llama Trinity.

—¡Trinity! —exclamó la morenita—. Lora, ¿has oído? ¡Trinity!

—Sí, porque al principio éramos tres. Y nos dedicamos...

—Al asesinato a sueldo, ¿no? —acabó la frase la morenita.

Debe perdonar a su amiga, dijo Lora, se ha tomado unos vinos. Quizá deba limitarse a no hacerle ningún caso.

Llegó un tipo desconocido con besos y felicitaciones.

—¿Aún estás viva? ¿No? ¿Puedo venerar tu cuerpo incorrupto? —abrazó a Lora, con demasiada familiaridad, se diría.

Y otro joven estúpido, con expresión muy sentida, le dijo a Lora que no se lo iba a creer, pero que había empatizado un montón: se separaba de su chica. Luego se

fueron todos, uno a uno. Al fin los dos solos. Le han parecido todos muy interesantes; no había conocido nunca a nadie así. ¿Le permitirá que la acompañe a casa? En coche: lo tiene aparcado aquí cerca. «Sí, claro, qué bueno eres.» Aún no se había despojado del todo de su papel.

Lora se sentó en el coche y cerró los ojos. Su cabello descendía a ambos lados del reposacabezas de color beige. A Lora no pareció impresionarle el automóvil, o no hizo comentario alguno al respecto.

—¿Está cansada? —le preguntó él de nuevo.

Sí, es natural: la emoción, la escena. A los estudiantes casi nunca se les concede un solo.

—¿Los músicos siempre se ponen nerviosos antes de un concierto?

—Pues claro. ¡Vaya pregunta! —exclamó Lora asombrada.

—Pero ¿por qué inquietarse? Los pilotos, pongamos, o los cirujanos no se ponen así antes de entrar en acción. Y eso que en su caso hay vidas en juego, mientras que aquí... —Pero pareció adivinarlo—. Aquí está en juego la gloria, ¿es eso?

Lora se rio:

—No.

No, respondió Lora; si hoy ella hubiera cantado mal, no se habría muerto nadie... Pero habría querido decir que ella no era de verdad cantante, ¿entiende? De manera que allí está en juego la vida y aquí se trata del sentido de la vida, del contenido, ¿se entiende?

—Sinceramente, no mucho...

—Ya hemos llegado.

¿Vivía aquí? ¿Qué era aquello?

—La residencia del conservatorio.

¿O sea que Lora no estaba casada?

—Como se dice ahora: es complicado.

Le encantaría seguir con la conversación...

—¿Sobre cómo es de complicado?

—No, sobre el contenido, sobre el sentido. —Se sentía desconcertado, cohibido.

—¿Qué le ha parecido mi forma de cantar? —Él no había dicho ni una palabra sobre el concierto.

Honestamente, le resultaba difícil juzgar: era la primera vez que asistía a un concierto.

—La sinceridad —dijo Lora— está sobrevalorada.

¿De dónde sacaba tanto aplomo?

Lora tiene la piel muy blanca. Tal y como él lo ve, no debería exponerse demasiado al sol. De modo que no la invita a viajar a la Tierra Prometida, ni tampoco a Grecia o Italia. ¿Qué tal Noruega?

—Sería divertido —responde evasiva.

Un restaurante georgiano, un paseo junto al monasterio de Novodévichi. Cada vez que se ven, él le regala algo caro, cositas «guermesianas», en expresión de su amiga morenita. Es algo que le sale del alma; no espera nada a cambio. ¿Qué tiene de malo ser generoso? Hablan: ¿qué es eso que es tan complicado? Ella no le cuenta todos los detalles, pero la complicación es un pianista, director, compositor y autor de libros filosóficos; una personalidad creativa. Es el que la acompañó al piano el día que cantó la partitura de Poulenc. ¿No lo recuerda? Mejor así. ¡Libros filosóficos, fíjate! Sí, filosóficos, de música y, en el sentido más elevado del término, eróticos. ¿Entiende él lo que

quiere decir? Escribe una ópera sobre la vida de la familia de los zares. Lora interpretará el papel de Matylida Krzesińska, amante de Nicolás II. Dos actos ya están listos. ¿Y este hombre de personalidad creativa tiene una familia propia? Más de una. Esto sí que es complicado, ¡complicado de verdad! ¿Para qué preguntar? No es un secreto que le pertenezca a ella, o no solo a ella. Habría que aclarar quién es este tipo, piensa él sin odio. Es una tontería tener celos. Es tonto y estúpido. Nuestra eterna aspiración: poseer a alguien. Como decía Yevgueni Lvóvich, las personas no son un medio, sino un fin.

—Hablemos de otra cosa —le ruega Lora—. ¿A qué se dedica su Trinity? Deduzco que no se trata de la santísima...

¿Por qué no? Es decir, camina al filo del abismo, como hacen todos, pero dentro de la legalidad. Es una empresa de inversiones que busca los puntos débiles. El mercado lo decide todo, por supuesto, pero hay que echarle una mano, en particular a la hora de explorar sus puntos débiles. Confía en haberse sabido explicar, espera que ella sea consciente del papel primordial de las relaciones económicas. Ser pobre es algo vergonzoso: si eres pobre, o bien es que eres un vago o bien aquello que se te da bien no tiene ningún valor. Porque a todo el mundo se le da bien algo. Por el contrario, si te ganas bien la vida, harás que centenares, que miles de personas a tu alrededor vivan mejor. Él ha aprendido mucho de ella, pero quisiera que ella también viera algunas cosas desde su punto de vista.

—Oh —exclama Lora—, ningún problema.

Él quisiera hablarle de Robert, de cómo encerraron a

Robert... el rostro de Lora muestra comprensión, algo pasó con la «sociedad de los clásicos vieneses», con el Ministerio del Interior, ¿sabes de lo que hablo? Me lo ha enseñado Rafael. No se ha reído, no ha entendido la broma. Tampoco estaba escuchando. O, mejor dicho, no escuchaba las palabras: le interesa poco el contenido de lo que se dice.

Lora tararea algo en voz muy baja.

—¿Es agradable que en tu cabeza siempre suene música?

A ella le cuesta responder... ¿Hay algún momento en el que no suene? Resulta que a ella le gustan las canciones populares. ¿Qué te gusta de ellas? En su opinión, no tienen ningún interés.

—Es como cuando de pequeña, en sueños, caes, caes, vuelas y estás muy asustada y parece que se te va a parar el corazón del pánico y no hay modo de que dejes de caer —le explica Lora. Mueve con elegancia la mano. Puede que sea la última vez en que ella le habla de verdad, la última en la que se da a él.

El piano y Rafael ya forman parte de su vida. ¿Podrá él aprender a tocar?

—No te podría contestar que no, la verdad —responde Lora.

Pronto, muy pronto, ella acaba en su cama, aunque por qué no debería ser así entre personas jóvenes, libres y físicamente atractivas. Ah, ¿es importante para él? Entonces, por supuesto, adelante. ¿Y para ella? Para ella también, seguramente. Mejor no ahondar en los motivos: en ciertos aspectos las mujeres son más complica-

das que los hombres, eso es algo que él sabe, y no solo por los libros de psicología.

—¿Viajaremos juntos a Noruega?

—Puede que sí —ella recorre con el dedo la barbilla de él y sigue hacia abajo, abajo, hasta el plexo solar— y puede que no. —Y se queda pensando en algo.

Lora se levanta, se envuelve en la sábana y se dirige al piano que hay en el salón. Pulsa las teclas, prueba la voz. El piso de abajo es una oficina y está vacía, y por encima solo está el cielo: se puede tocar cuanto se quiera. Tocar y cantar.

—¿De dónde ha salido este piano?

Él estudia música. ¿Qué pasa, ya se ha olvidado?

—«Ni una palabra, amigo mío, ni un suuuspiro, sigamos callados...»*

—¿Por qué cantas una canción tan triste, Lora, querida?

Ahora su canto es solo para él. Lora se interrumpe. «Ni un suuuspiro», canta con una entonación algo diferente, y luego con otra más. Vaya momento más oportuno para ensayar.

¿Qué le parece lo del viaje a Noruega?

—Fiordos, la lisa superficie del agua... —Él acaricia el piano. Puede que uno blanco hubiera sido más bonito. Blanco, como la piel de Lora. O rojo, como su pelo. Acaricia el piano. Acaricia a Lora. Le gustan las cosas lisas.

Tiene un buen piano, dice Lora, muy bueno. El hombre de personalidad creativa tiene que contentarse con un piano más flojillo. ¿Qué le parece? Se limita a enco-

* Romanza de Chaikovski con versos de Pleschéyev.

gerse de hombros. Al parecer, a Lora no le parece justo que el hombre de personalidad creativa carezca de lo que él sí tiene. El piano no es más que un objeto, no hay que convertir el piano en algo animado. Lora, por suerte, no necesita un instrumento. Ella misma es un instrumento espléndido.

De modo que a Noruega... ¿Y qué más quiere? ¡Oh, un sinfín de cosas! Aprender cuanto antes a tocar el piano. Y sacarle todo el jugo al Antiguo Testamento: cree que toda persona culta debería de tener una idea sobre el tema.

Ahora es el turno de ella. Espera una respuesta exquisitamente evasiva, pero no, lo dice sin darle más vueltas: tiene que aprender a cantar bien. Ya, eso está claro. Y también... Cierta plenitud... ¿Plenitud? No se entiende. Plenitud en las relaciones, en todo... Construir una vida auténtica. No se ve capaz de explicarlo de manera más comprensible. ¿Y la de él, de qué está hecha su vida?

—De lo mismo que la de todos —responde—, de trabajo y descanso. —Él trabaja mucho, mucho.

Pero ella, naturalmente, y él lo comprende, quiere un marido e hijos, aunque él debe avisarle: los niños no le interesan especialmente. Puede que eso cambie en algún momento, pero por ahora...

Al mencionar a los hijos en la cara de él asoma una expresión de susto, que, comprueba, no le ha pasado desapercibida a Lora. Oh, dice ella, no tiene de qué preocuparse, no ahora, no en este momento; nada de lo que ha sucedido hoy es irremediable. ¿Por qué tanto remilgo? ¿Acaso no son personas libres?

Por la mañana, casi vestida, Lora mira como él hace

la cama. Le queda todo liso, liso, sin una arruga. ¿Dónde ha aprendido a hacerla así, en el ejército?

¿Por qué tendría que ser en el ejército? Siempre le ha gustado dejarla así...

Él está en la ducha: ojalá al salir el apartamento estuviera vacío. Lora le deja sin fuerzas. Sabe lo que quiere hacer: tumbarse sobre la cama recién hecha y recordar lo sucedido durante la noche. Su deseo, para su asombro, se hace realidad: cuando sale de la ducha, Lora ya no está. «Ni una palabra, amigo...» No pasa nada: volverá. Él es un amante excelente, eso es un hecho objetivo. Ella volverá. Y sin embargo esta noche, en la historia de sus relaciones, es de momento la única.

Y hete aquí que ahora, a principios de diciembre, él se halla junto a la ventana, enumerando sus fracasos. Ya no hay cornejas.

En una ocasión él trató de aclarar si el tener la boca pequeña no era un obstáculo a la hora de cantar. Siempre había creído que las cantantes han de tener la boca grande, como los pianistas las manos. ¿Tan malo era querer saberlo?

También le hizo la pregunta del ladrillo.

—¿Crees que todas las cantantes son idiotas? —Es lo único que consiguió que le dijera.

Pero ¿cuánto pesa el ladrillo? Su ayudante le había dado la respuesta correcta.

—¡Pues vete a besar a tu ayudante! —Pero no le dijo cuánto pesaba el ladrillo.

Vaya contratiempo. La estuvo friendo a preguntas sobre el hombre de personalidad creativa, sobre si era o